

LA CONTRIBUCION DE J.M. CRUXENT AL ESTUDIO DEL PROBLEMA PALEOINDIO EN EL NUEVO MUNDO

Separata del libro "Unidad y variedad, ensayos en homenaje a J.M. Cruxent", publicado por el IVIC, Centro de Estudios Avanzados. Caracas, Venezuela, 1978. Capitulo IV, pag. 63 a 75. Autor: Alan L. Bryan. Traducción: Silvia Di Baja de Fernández. Cátedra de Arqueología Americana. UNC. 1981.

Uno de los problemas fundamentales en la prehistoria americana, es la cuestión de quienes fueron los primeros habitantes del Nuevo Mundo. Este tema básico, planteado por primera vez en el trabajo científico de José de Acosta en 1589, tuvo muchas derivaciones, no todas las cuales fueron investigadas con seriedad. Los aborígenes americanos constituyeron un serio problema al ampliarse el conocimiento de las regiones de América, luego del viaje de Magallanes. Obviamente, ellos no eran habitantes de la India como Colón había supuesto y la posibilidad de un origen autóctono no podía ser considerada con seriedad por los cristianos.

Cruzaron ellos el Atlántico o menos probablemente el extenso Pacífico, para poblar el Nuevo Mundo? Esta fue una conclusión evidente para muchos y en 1609 Gregorio García presume esta tesis en respuesta a la hipótesis presentada por Acosta, quien había propuesto que en algún lugar del noroeste de América, debía haber un enlace por tierra con Asia. La hipótesis de Acosta tuvo un temporario retroceso cuando 100 años después Bering probó que los dos continentes estaban separados; finalmente se verificó que el poco profundo mar de Bering, quedaba libre de agua cuando la rigurosidad del clima de ciertas regiones del norte, imposibilitó la fusión de las nieves y las aguas no llegaron a

los océanos por algún período. Nosotros sabemos ahora que el puente de tierra de Bering de más de 1.300 millas a través del Pacífico Norte, en las costas del Ártico, existió varias veces en el Pleistoceno (Kopkins, 1973).

Al mismo tiempo en que el puente de tierra existía durante los períodos fríos, las masas de hielo continental avanzaban sobre gran parte de Canadá, desde el centro oeste sobre las cordilleras y desde el centro este sobre la bahía de Hudson. Se ha considerado que las dos masas de hielo coalescentes durante cada período frío determinaban, cuándo el hombre y otros animales podían atravesar la región del estrecho de Bering y no podían introducirse profundamente en el interior de Alaska y el Yukón por la barrera glacial. La suposición de la coalescencia no ha sido bien probada hasta ahora, sin embargo existe buena evidencia geológica que sugiere ocurrió algunas veces, muy probablemente durante el avance del hielo del Wisconsin, en el Pleistoceno Tardío. Pero aún cuando una verdadera barrera de hielo no existiera durante los períodos fríos en que el puente de tierra estaba presente, el clima local libre de hielo, en el corredor lleno de lagos y pantanos, debió ser terrible para el hombre y las demás bestias. En consecuencia, algunas especies de mamíferos asiáticos nunca pasaron al sur del Yukón, límite este del refugio sin hielos de Beringia.

Un paleontólogo, R. Harington, coleccionó los huesos de animales beringianos actualmente extinguidos, a lo largo del río Old Crow en el noroeste del Yukón, reconoció que uno de esos huesos fue convertido en un raspador de cueros. Al descubrirse por datación RC del hueso, que este instrumento tenía 23.000 años (Irving y Harington, 1973), comenzaron a buscarse otros instrumentos de hueso en las colecciones paleontológicas. Recientemente se ha reconocido una industria de huesos tallados y algunos de estos huesos modificados, provienen de sitios con más de 40.000

años (Donichsen, 1975; Irving, 1976).

Varias derivaciones del tema original sobre quienes fueron los primeros pobladores de América, tienen ahora que ser contestados aunque sea tentativamente, la más importante, la hipótesis de Acosta de que el hombre temprano penetró vía noroeste de América, necesita ser verificada. Pero aunque los artefactos humanos de datación más temprana se hayan encontrado en el Yukón, no significa de esta industria de huesos de mamut tallados, no pueda haber sido realizada sobre huesos ya mineralizados antes de la entrada de los primeros pobladores a Beringia. En realidad, la industria parece tener un sofisticado desarrollo tecnológico sin antecedentes conocidos en el Viejo Mundo. Posiblemente fue un desarrollo local en Beringia, por gentes que tenían una larga adaptación a la tundra del interior de Alaska y Yukón. Que estas gentes poseían una sofisticada tecnología orientada a la supervivencia en este tipo de clima es evidente, pero que los inmigrantes iniciales de las costas de Beringia, tuvieran una adaptación específica para el clima ártico y presumiblemente para la caza de grandes mamíferos, como el mamut, caballo y bisonte gigante, no es una conclusión definitiva. El hombre adaptado al litoral marítimo del noreste de Asia alimentándose con pescados, mariscos, pequeños mamíferos terrestres y marinos y recolección de plantas, pudo moverse a lo largo de las ensanchadas costas de Beringia, durante el avance de un período frío, descubriendo eventualmente una vía de penetración en Alaska. La costa sur de Beringia no fue probablemente mucho más fría de lo que lo son ahora las Islas Aleutianas o Tierra del Fuego, ya que se interrumpió la llegada de las aguas del Océano Ártico y la corriente del Japón pudo mantener las costas del sur relativamente templadas. Como lo hicieron los aborígenes del Estrecho de Magallanes an-

tes de este siglo, el hombre temprano pudo haber sobrevivido en las costas de Beringia, en el riguroso clima marítimo, con fuego, mantas de pieles y la astucia de engrasarse el cuerpo para protegerse del frío.

El hombre pudo observar los pastoreos de los grandes animales en el interior de la tundra e idear medios para cazarlos, al principio, durante el verano cuando grupos de caza podían internarse en la tundra esteparia. Gradualmente, luego de muchas generaciones, durante las cuales ese equipo tecnológico esencial como la confección de prendas de cuero pudo ser perfeccionado, algunos grupos se mudaron al interior en forma permanente.

A partir de allí, los hombres fueron capaces de adaptarse y expandirse gradualmente, en un lento proceso de desarrollo de pequeños grupos, dentro de las diferentes regiones ecológicas de América. Esta lenta expansión, unida al desarrollo de un íntimo conocimiento de los recursos naturales de cada ambiente regional, por el método experimental del acierto y el error, implica que muchas decenas de miles de años hubieron pasado desde que el primer hombre se aventuró dentro de Beringia. Siguiendo la tradición de Acosta, se ha bosquejado en párrafos anteriores, un patrón para el poblamiento de América por el animal más adaptable, el hombre. Pero este no es el modelo generalmente aceptado por los prehistoriadores norteamericanos. La mayoría de los arqueólogos norteamericanos creen que la evidencia que sostiene este ejemplo de la temprana entrada del hombre en América, es insuficiente. Muchos también enfatizan la decena de falsedades o evidencias inadecuadas, pretendidas para el verdadero primer hombre. Todos los arqueólogos norteamericanos están bien enterados que Alex Hrdlicka, el famoso antropólogo físico del Instituto Smithsonian, fue capaz de impugnar con éxito todas las pretensiones para los

restos de esqueletos humanos más antiguos, especialmente en Sudamérica. Hrdlicka dictaminó, que el hombre no podía ser antiguo en América, porque todos los restos de esqueletos conocidos provienen de tipos modernos de hombre, Homo sapiens-sapiens; y que los restos del tipo Neanderthal nunca fueron encontrados en América, es así que el hombre no pudo penetrar aquí mucho antes que el hombre moderno apareciera en Europa; i. e., alrededor de 35.000 años atrás. Además de acuerdo con Hrdlicka, si al hombre moderno le llevó algunos miles de años emigrar de Europa a América, no pudo haber arribado a esta, sino unos pocos miles de años atrás. Hrdlicka sostiene la ruta de inmigración de Alaska, en esto hay resabios del pensamiento tradicional de García, como también en que todo, lo cultural o biológico, debió provenir directamente del Viejo Mundo. No concebían la posibilidad de que varias razas humanas pudieran haber evolucionado paralelamente desde la forma del primitivo sapiens a la forma del hombre moderno, produciéndose contactos genéticos más o menos continuos entre el noreste de Asia y Alaska, o la posibilidad alternativa de que el Homo sapiens-sapiens evolucionara tempranamente en el sureste de Asia y se dispersara por el noroeste y noreste hacia los confines del mundo.

El colega de Hrdlicka en el Smithsonian, el arqueólogo W.H. Holmes, fue también un activo opositor a los muchos hombres del Paleolítico en América. Holmes y Hrdlicka establecieron muy rigurosas normas para la aceptación de la evidencia del hombre temprano. Con esas normas estrictas, sin embargo, tuvo aceptación la asociación del hombre con fauna extinta en Folsom, Nueva Méjico, 1927, cuando una punta de proyectil acanalada fue encontrada alojada entre las costillas de un bisonte gigante. Probablemente si esta punta Folsom no hubiera estado encajada en el esqueleto

to, obviamente clavada allí por un venablo, ninguno hubiera aceptado la evidencia de Clovis, Nueva Méjico, unos pocos años después, donde similares puntas acanaladas, pero alargadas, se hallaron menos directamente asociadas con huesos de mamut. Posteriormente, varios sitios de matanza Clovis fueron descubiertos en los altos llanos del sur de Texas y Nueva Méjico, al punto de confirmar la validez de la asociación original, aún cuando en algunos casos se podía argumentar que los artefactos Clovis podían haber sido introducidos después, dentro de la capa en donde el mamut fue hallado.

Como millones de puntas de proyectil acanaladas fueron encontradas en la superficie a lo largo de Norteamérica, el muestreo reveló que los hombres tempranos en América, fueron cazadores especializados en grandes animales, quienes se movieron rápidamente a través de Beringia desde las estepas de Asia Central, con un equipo instrumental especializado de piedra tallada. Como eliminaban la fauna local, avanzaron siempre buscando los grandes herbívoros. Porque ellos no tuvieron que adaptarse totalmente a cada nuevo medio, su cuadro ecológico fue dinámico, ellos sólo necesitaron dos o tres mil años para alcanzar Tierra del Fuego. Curiosamente, este modelo simple, aquí expresado en su forma más rigurosa (cf Martín, 1963; Mosimann y Martín, 1975) deja de lado el papel de la mujer, infatigable recolectora de plantas comestibles y pequeños animales.

Es difícil combatir este modelo de la inmigración rápida de los cazadores de grandes animales, pues es más atractivo que el otro ejemplo de la gradual expansión de la población, mucho más complicado para describirlo gráficamente. En consecuencia, gran parte de los autores de textos y conservadores de museos, resaltan este cuadro de los cazadores especializados en grandes piezas a los estudiañ-

tes y público en general.

Desafortunadamente, la creencia de que el hombre de Clovis, sino fue el indio original americano, fue por lo menos el inmediato descendiente de los primeros inmigrantes, ha disminuido el interés en el debate histórico de los orígenes culturales. En lugar de eso, los relativamente pocos arqueólogos norteamericanos que se hallan comprometidos en el estudio de los "Paleoindios", buscan los sitios del hombre temprano localizando puntas de proyectil acanaladas, más bien que buscando en los depósitos geológicos más antiguos diferentes tipos de evidencias culturales, que puedan demostrar el desarrollo indígena en América de la tradición de las puntas de proyectil acanaladas. En años recientes, algunos de los más provechosos estudios sobre "Paleoindios" tiene complejos refinamientos en métodos de campo, técnica de laboratorio y taxonomía de artefactos, en vez de un reconocimiento básico de campo. Estos estudios acerca los convencionales "Paleoindios" son útiles y necesarios, pero ayudarán mucho a responder la cuestión fundamental, propuesta al comienzo de este ensayo?

Prehistoriadores sudamericanos libres de las trabas de la peculiar historia de los estudios del hombre temprano en Norteamérica, han desarrollado su idea con absoluta independencia, ya que allí no existe un clima de temor a ser considerados ridículos por sus colegas, cuando discuten la posibilidad de la presencia del hombre temprano en América, por 30.000 ó 50.000 o aún 100.000 años. En la actualidad, los arqueólogos norteamericanos tienden a ignorar las opiniones de los prehistoriadores sudamericanos, pero en la historia de la ciencia, frecuentemente sucede que nuevos conceptos y aún nuevos paradigmas, se originan en ideas consideradas extremadamente innovadoras expresa-

das por estudiosos que enfocan el campo académico con una perspectiva diferente. Por estas razones, yo coincido con varios arqueólogos latinoamericanos particularmente valiosos y reconozco al profesor J.M. Cruxent, como uno de los más estimulantes e interesantes pensadores acerca de la cuestión del hombre temprano en América. Yo valoro el acuerdo que hemos tenido trabajando juntos, durante las sesiones de excavación en Taima-Taima, en 1976.

Son correctos, los estudios sobre Paleoindios en Venezuela, referentes a cuándo el hombre vino a América por primera vez? Cruxent planteóse este problema, hace más de 20 años y procedió en forma sistemática intentando demostrar, la importancia de la arqueología venezolana para el problema del Paleoindio en general, guiado por su intuición sobre cuál era el problema importante a investigar y cómo hacerlo. Primero se interesó en explorar el posible desarrollo tecnológico de las industrias líticas Paleoindias, en Venezuela. Con un intensivo reconocimiento de campo, en el área del seco río Pedregal, en el estado de Falcón, él observó un significativo desarrollo tecnológico y tipológico desde grandes bifaces gruesos, hacia bifaces delgados y finalmente puntas de proyectil con forma de hoja de sauce, en el conjunto de piezas El Jobo, siendo el proceso evolutivo en gran medida acumulativo. En un horizonte tardío, se agregan a todo el utillaje, puntas de proyectil pedunculadas. Cruxent correlacionó esta secuencia tecnológica con diferentes niveles de terrazas sobre el río Pedregal; las puntas pedunculadas Las Casitas fueron recolectadas solamente en la terraza más baja; la mayoría de las puntas lanceoladas El Jobo provienen de la segunda terraza; muchos de los bifaces delgados Las Lagunitas provienen del tercer nivel y los toscos bifaces Camare fueron encontrados principalmente en la parte más alta de las colinas erosionadas (Cruxent y Rouse, 1956; Rouse y Cruxent,

1963). El método de correlación de los cambios tipológicos con la secuencia de las terrazas, es excelente para enfrentar el problema de los artefactos dispersos en superficie en regiones desérticas; de cualquier modo la secuencia tipológica y tecnológica deberá ser verificada por estratigrafía y excavación. Si es verificada, ella será la primera secuencia tipológica para ilustrar el desarrollo indígena, en la tradición paleoindia de las puntas de proyectil en América. Las excavaciones estratigráficas proporcionarían también formas de datación absoluta de cada lugar en la secuencia.

Cruxent, encaró el problema del Paleoindio desde un segundo aspecto, cuando trabajó en el sitio Muaco, Falcón, el cual había sido excavado por los paleontólogos venezolanos Royo y Gómez (1960). Cruxent, fue el único que señaló la asociación de las puntas El Jobo con huesos. Muchos animales extintos fueron identificados, incluidos mastodonte, perezoso, caballo, gliptodonte, toxodon y macrauchenia; y las dataciones radiocarbónicas de 16.850 y 14.740 años AP fueron obtenidas de huesos fósiles.

Aunque hay clara evidencia de que los huesos de mastodonte de Muaco, fueron grabados o modificados de otra manera por el hombre, cuando estaban frescos (cf Rouse y Cruxent, 1963: lámina 4), el sitio no fue aceptado por los arqueólogos norteamericanos como una buena evidencia del hombre temprano, porque en el lugar los manantiales han mezclado material reciente, como fragmentos de una botella de vidrio, con los huesos. Cruxent excavó luego en un área no perturbada del lado sur del manantial, pero no encontró pruebas claras de la presencia del hombre en esta parte del sitio.

Cuando Alex Krieger visitó el área El Coro en 1962, él y Cruxent encontraron huesos en un pequeño valle cerca-

no a la punta de Taima-Taima, a 2 kilómetros aproximadamente al noreste de Muaco. Cruixent demostró luego, su invaluable tenacidad, tan esencial en la búsqueda de nuevas evidencias del hombre temprano. Continuó las excavaciones por tres temporadas antes de encontrar una evidencia decisiva de la presencia del hombre. Está claro que Taima-Taima es un sitio de matanza, en el que animales muertos fueron carneados (Cruixent, 1967, 1970). Es curioso, que pocos artefactos de piedra tallada fueran abandonados en el sitio por el hombre, aunque se han encontrado ocasionalmente huesos y piedras que fueron usados, ante la necesidad del momento. Una excavación de un área de más de 500 m², ha dado sólo cinco artefactos de piedra tallada, in situ, adyacentes a los huesos de un mastodonte, en la zona basal de la arena gris: tres puntas El Jobo rotas, un utensilio cortante-raspante aovado y una lasca de jaspe que muestra intenso rastro de uso.

Una de las puntas fue encontrada in situ, en la cavidad púbica de un mastodonte joven, por Ruth Gruhn cuando estaba limpiando un esqueleto semiarticulado, en julio de 1976. Casualmente, una de las dos puntas obtenidas por Cruixent, también lo fue en la cavidad púbica de un mastodonte; la tercera punta estaba en estrecha asociación con un fémur del mismo animal.

También las excavaciones de 1976, parte del esqueleto de un gliptodonte derribado, con la columna vertebral esparcida fuera del caparazón, fue descubierto y dispuesto para exhibición en el Museo del Hombre, establecido en El Coro por Cruixent. El gliptodonte fue encontrado en un nivel de arena roja, por sobre una discontinuidad erosiva, asociado con un diente de caballo. Aparentemente el mastodonte se extinguió hacia la época en que un suelo rojo se formaba sobre la arena gris, en la que se encontraba. Es así evidente, que en Taima-Taima los huesos de animales extintos

están asociados con dos niveles estratigráficos diferentes y en este caso con dos distintos períodos. Los huesos del gliptodonte posibilitarían una datación radiocarbónica para la base de la arena roja. Arriba del nivel del gliptodonte y de la arena roja hay otro paleosuelo, una capa de arcilla negra que fue datada alrededor de 10.000 AP. La arena gris basal, conteniendo seguras evidencias de la presencia del hombre, posee una serie de fechados radiocarbónicos que varían entre 12.000 y 15.000 años AP (cf. Bryan 1973).

Muchos fragmentos pequeños de vegetación, como si hubieran sido cortados y masticados se encontraron en la arena gris rodeando al esqueleto del mastodonte. Estos fragmentos de ramitas, se ha creído fueron los restos del contenido estomacal del mastodonte. Algunos son identificables botánicamente y una concentración de ellos proporcionó una serie de fechados radiocarbónicos seguros. No hay dudas que el hombre mataba mastodontes en Taima-Taima.

Por sí mismo este es un descubrimiento significativo, que demuestra que los venezolanos prehistóricos, como los tejanos más antiguos, cazaban proboscidos. Pero Taima-Taima tiene aún mayor significación.

Todos los sitios Folsom y Clovis bien fechados en Norteamérica, están restringidos en años, al milenio 11.500/10.500 AP; y en este punto fundamental los estudiosos usando el modelo de inmigración rápida, suponen que el hombre entró en Alaska, por primera vez alrededor de 13.000 años AP. Pero la gran concentración de fechados disponibles, para la arena gris portadora del mastodonte en el grupo Taima-Taima, entre 14.000 y 12.500 años AP, indica que los cazadores de El Jobo tenían ya desarrolladas sus técnicas para cazar proboscidos, un milenio antes que el hombre de Clovis lo hubo hecho. Las diferencias tecnológicas y tipo-

lógicas entre las puntas Clovis y El Jobo son muy marcadas. Las puntas El Jobo fueron hechas lo más gruesas posibles, para penetrar como una bala cilíndrica aplastada, puntiaguada en uno o ambos extremos, hecho obviamente para ajustarla dentro de un mango de lanza ahuecado. Así como muchas puntas de proyectil de hueso y madera fueron usadas por los indios sudamericanos de las tierras bajas.

En contraste, las puntas acanaladas tienen bases anchas que están deliberadamente adelgazadas para ser fijadas dentro del biselado o hendidura de la lanza.

En otras palabras, dos tradiciones tecnológicas diferentes, fueron usadas por dos grupos de cazadores de grandes presas. Además, es interesante notar que aunque ejemplos de puntas acanaladas han sido encontrados en América Central, Colombia y Ecuador, ninguna fue encontrada en Venezuela. En estos términos, es claro tanto desde una perspectiva tecnológica como temporal, hablar de dos tradiciones de trabajo de puntas de proyectil de piedra tallada, para matar grandes animales terrestres, diferentes y enteramente separadas. Si la datación de Taima-Taima es verificada como más temprana que Clovis, obviamente Clovis no es la cultura primordial de todo el Paleoindio en América. Cada tradición debe haber tenido su propio e independiente desarrollo. De esto, nosotros concluimos que debió haber transcurrido mucho tiempo desde el comienzo de tal divergencia cultural. Al presente pudieron ser reunidas evidencias para demostrar que hay dos distintos desarrollos tempranos de tradiciones de puntas de proyectil de piedra tallada, en Norteamérica y dos más, en Sudamérica (cf. Bryan 1973).

El convencimiento de una evolución convergente en varios lugares de América, significa que los arqueólogos de-

ben buscar la concreta evidencia para los antecedentes de estos desarrollos tardíos. A causa de que la mayoría de estos conjuntos culturales tempranos, no contendrían puntas de proyectil de piedra tallada, ellos serían muy difíciles de localizar, identificar y fechar. Si el hombre hubiera usado no solamente proyectiles de madera en Taima-Taima, una lasca con rastros de utilización y un utensilio con rotoque marginal pudieran ser las únicas evidencias concretas disponibles, que pudieran ser aceptadas por los arqueólogos contemporáneos. Y si Taima-Taima estuviera localizada en una región carente de piedra tallable, la única evidencia podría ser el ocasional corte y machacamiento de huesos, a menos que casualmente se hubiera preservado algún artefacto de madera. En tal situación, es obligatorio para los arqueólogos buscar un acuerdo en cómo reconocer la evidencia para huesos trabajados y piedras con filo natural, las que debieron haber servido como utensilios para cortar y machacar cuando faltaba material mejor.

Para finalizar, Cruent ha sido un pionero en el campo de la etnoarqueología, como el vivió con los indios de la selva en varias partes de Venezuela, observó su simple tecnología en sus aldeas y los sencillos recursos que usaban para realizar las mismas labores cuando viajaban. El observó estas prácticas como arqueólogo interesado en la interpretación de restos no cerámicos, de la actividad humana. Es esencial que sus estudios preliminares sean continuados por otros arqueólogos, antes que la cultura material aborigen cambie completamente. Como testigo ocular de la frecuente práctica por los indios, de usar todo lo que fue ra útil y estuviera al alcance de la mano para hacer ciertas tareas, estudió sistemáticamente huesos y piedras encontrados asociados con animales muertos en sitios de mantanza, con la intención de establecer una metodología para identificar ciertas categorías de esos objetos de uso for-

tuito. Algunos arqueólogos aparte de Cruxent, han comprendido lo significativo de que muchos indígnas sudamericanos no tuvieran piedra tallada. Sus remotos ancestros tampoco hicieron alfarería. Por lo tanto, cómo pueden los arqueólogos apreciar si el hombre estuvo presente en sitios procerámicos, carentes de piedra tallada? Alguien interesado en el estudio del Paleoindio deberá encarar estas cuestiones y sus derivaciones con toda equidad, o nosotros continuaremos con los artefactos de piedra tallada como el único indicio de la presencia del hombre temprano.

Cruxent hizo también la observación significativa, de que si uno desea atender a las similitudes tipológicas entre el Paleoindio y las industrias del Viejo Mundo, las estrechas analogías en identidad, forma y función aparente, pueden apreciarse en una comparación de puntas El Jobo y las contemporánea industria Lumpombense del oeste de África (Cruxent 1960). Aunque sostiene que la posibilidad de un contacto transatlántico no intencional no debiera desecharse (Cruxent 1968, 1969), las probables similitudes son un instructivo caso de convergencia (Cruxent 1960), en cierto modo a causa del uso del mismo material cuarcítico. Si este es realmente un caso de convergencia, la significación teórica o especulativa de tal desarrollo tecnológico paralelo, es importantísima para la arqueología antropológica en la actual búsqueda de "leyes culturales".

Recientemente, Cruxent ha desarrollado una desafiante clasificación del hombre cazador temprano (Arroyo, Cruxent Perez 1971). En la etapa inicial del hombre practicó la caza directa; i.e. con las armas asidas en la mano. El venablo más tarde, permitió atacar a las grandes bestias durante la etapa transicional a la caza indirecta. Cuando el hombre creó el propulsor (y más tarde el arco y la flecha), pudo cazar a la distancia. Durante esta última etapa, un

solo cazador pudo capturar un animal por sí mismo; en tanto que en la etapa inicial la caza directa, matar un gran animal debió requerir los servicios de mucha gente. Para mí este es un lógico y muy útil modelo de desarrollo si uno toma en su conjunto la historia humana, comenzando por los tempranos cazadores directos del Pleistoceno. Yo sospecho sin embargo, que el hombre inventó el venablo y tuvo la habilidad de ser un cazador indirecto, mucho antes que entrara en América. El venablo de madera encontrado en Clacton-on-sea, Inglaterra (Oakley 1972, fig. 5) fue usado durante el gran interglacial alrededor de 300.000 AP y aún, yo no pienso que el hombre estuviera en América en aquel tiempo.

José María Cruxent señaló el camino en distintas direcciones, a futuros estudiosos para proseguir con la fascinante y significativa cuestión de la evidencia del hombre temprano en Venezuela. Hay muchas oportunidades para arqueólogos de campo de continuar esos estudios y obtener interesantes resultados, para confirmar estratigráficamente la secuencia tecnológica en el valle del río Pedregal y para la localización y excavación de otros sitios de matanza del Pleistoceno tardío. También se requieren estudiosos para documentar cuidadosamente, con técnicas etnográficas, la manufactura y tallado usado por los indios actuales, desde la perspectiva de la interpretación de los restos materiales de la cultura, tantas veces fugaz, que puedan dar vida a otros aspectos de las culturas pasadas. J.M. Cruxent ha obtenido un lugar inexpugnable en la historia de la arqueología de América, al igual que en la de Venezuela.-